

La hegemonía como desafío. Los nuevos gobiernos y el movimiento social popular en América Latina

Gilberto Valdés Gutiérrez*

Nuevo escenario y territorio político

Desde la segunda mitad de la década del 90 del pasado siglo y en lo que va del XXI, en América Latina se ha conformado un nuevo escenario y territorio político. En la región se despliega un escenario de cambios que algunos autores definen como posneoliberalismo, caracterizado por el avance de gobiernos y proyectos de corte nacional-popular que, con mayor o menos consecuencia política y radicalidad, rescatan la soberanía y el control de sus recursos básicos, hasta ahora en manos de las transnacionales. El término alberga un conjunto de posiciones que oscilan entre la orientación anticapitalista de procesos como el de Venezuela, Bolivia y Ecuador hasta las de gobiernos de mayor o menor giro a la izquierda que intentan restituir una variante de capitalismo nacional endógeno sobre las ruinas dejadas por décadas de políticas neoliberales extremas en el Cono Sur.

Frente a esta nueva realidad, cargada tanto de amenazas como de posibilidades y retos inéditos para el movimiento popular, la construcción social del enemigo se desplaza de los gobiernos (como era evidente en la llamada “década neoliberal” de los 90 del siglo XX, saturada de ejecutivos y “técnicos” al servicio del Consenso de Washington) a las clases y sectores políticos tradicionales, desalojados del poder y aliados más reaccionarios del imperialismo en la región¹.

¹* Coordinador Grupo América Latina: Filosofía Social y Axiología del Instituto de Filosofía, CITMA, Cuba.

“A lo largo de 2006 –escribe Raúl Zibechi--, quedó en evidencia que la confrontación entre los movimientos y los gobiernos conservadores, que había pautado la década anterior, estaba siendo desplazada por la creciente polarización entre los nuevos gobiernos progresistas y las derechas refractarias a los cambios, aliadas a la administración de George W. Bush. De ese modo viene sucediendo en Venezuela y Bolivia (ahora, al parecer, también en Ecuador), pero a menudo se han registrado situaciones similares en Argentina,

La resistencia del imperialismo y de las oligarquías a estos cambios se ha intensificado en los últimos años, especialmente en los casos de Venezuela, Bolivia y más recientemente con el golpe en Honduras y la intentona en Ecuador, enfilada contra los procesos populares emergentes y los nuevos gobiernos elegidos, que ponen en peligro el otrora poder absoluto de las oligarquías y las transnacionales en nuestros países. El centro de gravedad político post Honduras está marcado por la contradicción entre gobiernos y alternativas integracionistas post neoliberales y la restauración conservadora y oligárquica impulsada por el llamado “poder inteligente” de la estrategia norteamericana en la región.

La radicalidad explicativa del modelo contrahegemónico varía de una a otra posición o contexto dentro de ese consenso. Emir Sader lo ha expresado claramente. “El agotamiento —teórico y práctico— del neoliberalismo no representa su muerte. Los mecanismos de mercado que ese modelo multiplicó siguen siendo tan o más fuertes que antes, condicionando y cooptando gobiernos y partidos, fuerzas sociales e intelectuales. La lucha contra la mercantilización del mundo es la verdadera lucha contra el neoliberalismo, mediante la construcción de una sociedad democrática en todas sus dimensiones, lo que necesariamente significa una sociedad gobernada conscientemente por los hombres y las mujeres y no por el mercado” (Sader, 2003).

El tipo de sociedad que suceda al neoliberalismo es el gran tema —apunta el sociólogo brasileño—, puesto que dicha sustitución puede darse por la superación del neoliberalismo en favor de *formas de regulación de la libre circulación del capital, ya en la lógica del gran capital, ya en sentido contrario*. Esto dependerá de las condiciones en que se dé esa superación, de la correlación de fuerzas y de la coalición

Brasil y Uruguay, donde las derechas han sido capaces de crear circunstancias que fuerzan a los movimientos a posicionarse a favor de gobiernos con los que tienen coincidencias apenas puntuales”. (Raúl Zibechi, 2006: 222.)

social y política que la lleve a cabo. Para Sader, el gran capital puede retomar formas de regulación, de protección, de participación estatal en la economía, bien sea alegando necesidades de hecho, bien retomando concepciones más intervencionistas del Estado, con críticas a las limitaciones del mercado (Sader, 2003).

El posneoliberalismo, de cualquier modo, expresa un nuevo escenario para la lucha de clases y la lucha por el pleno ejercicio de la soberanía de los países en la región, que ponga freno al saqueo imperialista transnacional. El ecuatoriano Alberto Acosta señala cómo la propia noción de soberanía se amplía como resultado de las luchas plurales: al rescate y ejercicio de la soberanía política y jurídica se unen la soberanía alimentaria, energética, las soberanías cultural y educativa, hasta la soberanía del cuerpo (Acosta, 2008).

Aparecen nuevos desafíos políticos y teóricos que las fuerzas de izquierda tienen el deber de asumir y resolver: cómo subvertir el orden neoliberal y a la vez mantener una perspectiva antisistémica que, desde la cotidianidad de las luchas, haga posible esa otra civilización que deje atrás la barbarie excluyente, patriarcal, discriminatoria y depredadora del capital.

Interrelación y conflictos entre movimientos y gobiernos en la construcción del cambio

Todo lo que parecía aplastado, acallado, luego de épocas de profundo malestar, de saqueo y humillación, se levanta desde el Sur. Nuevos gobiernos populares emergen en nuestro continente modificando el escenario geopolítico a favor de los pueblos. Al decir de Helio Gallardo, se entrecruzan “muchas luchas, muchas banderas micros y macros *para que sea posible el ser humano*” (Gallardo, 2007). La emergencia del sujeto pueblo ha actualizado el debate sobre el neopopulismo² en la

² Roberto Follari cataloga los nuevos escenarios de cambios como neopopulismo, lo que implica el retorno de la voz reprimida de los pueblos (los desheredados, los abandonados, los condenados de la tierra) y de su espacio

región, con posiciones que, a su turno, insisten en la necesidad de mantener la autonomía del movimiento popular ante los nuevos gobiernos, por una parte, y quienes destacan la posibilidad de construir hegemonía popular no solo desde la oposición, sino desde los gobiernos.

La reflexión sobre el vínculo conflictual entre movimientos sociales y gobierno popular en los escenarios actuales de América Latina constituye una de las urgencias más acuciantes del pensamiento emancipatorio y de la práctica política alternativa hoy.

Un desafío señalado por Raúl Zibechi actúa igualmente de forma problemática según sea la política gubernamental de que se trate. Nos referimos a los posicionamientos de los movimientos sociales frente a los planes estatales para enfrentar la pobreza (Zibechi, 2006: 227-228). En este significativo tema, la caracterización sin más de dichos planes de populismo, verticalismo estatal y neoclientelismo, siendo válida en ciertos casos, no puede ser generalizada sin que se corra el riesgo de perder la brújula política del movimiento social popular. A nuestro juicio, pese a estos evidentes peligros, las estrategias orientadas a limitar la pobreza es una de las demandas más sentidas por los movimientos durante la ola neoliberal. La profundizaron de las mismas más allá de la “caridad” del Banco Mundial, la presión ante los gobiernos para que asuman una real voluntad política para erradicar no solo la pobreza sino el empobrecimiento, integra la agenda de los movimientos populares en estas nuevas condiciones. Los planes sociales impulsados desde el esquema integracionista solidario del ALBA son hoy el desafío mayor que

negado. Llegó así, sobre todo en los casos emblemáticos de Venezuela, Bolivia, Ecuador, el espacio para la refundación general de la política y el Estado. (Follari, 2010: pp. 280-281). En ese contexto, los nuevos procesos constituyentes devienen formas novedosas de lucha de clases para potenciar y legitimar los cambios en el ámbito político-jurídico, dando lugar a una nueva institucionalidad que rompe con los cánones del Estado burgués dependiente y, a la vez, intenta resolver ancestrales injusticias con las propuestas de estados multinacionales y pluriétnicos.

tienen los movimientos sociales en su compromiso con “los de abajo” de nuestro continente.

En América Latina existe una tensión entre la *lógica de la lucha política* (antineoliberal, antioligárquica, antiimperialista) y *la emergencia civilizatoria antisistémica* derivada de las prácticas y visiones utópico-liberadoras, ambientalistas y antipatriarcales. La actitud más productiva para intentar superar dicha tensión no radica, salvo que nos contentemos con un consenso “fácil” e igualmente estéril, en desplazar los puntos conflictivos que suponen ambas lógicas.

La demonización de las mediaciones institucionales y del Estado, como representación de uno de los pilares de la dominación, por parte de algunos movimientos libertarios, deviene un punto de no entendimiento y de conflicto entre ambas concepciones. De igual manera el pragmatismo y el peligro de reproducir o continuar la cadena de dominaciones en los proyectos contrahegemónicos (presos aún del imaginario neo-desarrollista que ahora prioriza la primarización), que queden trancos y no se propongan trascender el sistema y superar la civilización y el orden cultural del capital, constituye el principal cuestionamiento que puede hacerse a esta perspectiva. Ni las emancipaciones han logrado quebrar desde la cotidianidad y territorialidad de sus emprendimientos la hegemonía capitalista, ni las contrahegemonías son tales si no incluyen en sus estrategias de orden la crítica (y el intento de sustituir al menos gradualmente) al modelo extractivista-depredador (agronegocio y uso irracional del suelo, minería a cielo abierto, deforestación, etc.).

Para el analista uruguayo Raúl Zibechi falta un debate sobre el modelo, a la vez que señala lo que considera efecto domesticador de las políticas sociales de última generación, en el sentido de que desarticulan la beligerancia de los movimientos populares: “¿Cómo vamos a fortalecer alternativas al extractivismo? ¿Diciendo que el extractivismo es bueno,

que hay que hacer represas hidroeléctricas gigantes, que hay que continuar con la minería, que hay que continuar con la soja, que hay que continuar con la caña de azúcar para hacer biocombustibles, con la forestación, etc.? Es necesario abrir un debate profundo en los movimientos y entre los movimientos y los gobiernos. Abriendo un debate, ya estaríamos en otro lugar, en otra situación” (Zibechi, 2011).

Eduardo Gudín es particularmente crítico de las consecuencias del mantenimiento de ese modelo:

Las tentaciones para seguir esta estrategia primarizada son enormes. La demanda internacional es fuerte (especialmente desde Asia), los precios son atractivos (en 2010 aumentaron un 28 por ciento respecto a 2009 para los agroalimentos, un 30 por ciento en los minerales, según la UNCTAD, y el precio del petróleo sigue aumentando). Por si fuera poco, en varios países esos sectores permiten captar ingresos fiscales jugosos.

Pero bajo esa estrategia, el objetivo del desarrollo nacional, como "desarrollo endógeno", se pierde; la autonomía frente a los mercados globales se desvanece. Las industrias nacionales no se recuperan, en varios casos se reducen. Mientras que en el pasado, en varios países la izquierda acusaba a la derecha por favorecer las importaciones de bienes de consumo de Estados Unidos o Europa, en la actualidad, unas cuantas izquierdas gobernantes se entretienen con importaciones desde Asia. Cambian los destinos del comercio internacional, pero la asimetría entre la venta de bienes primarios y la compra de manufacturas, se mantiene. (Gudín, 2011: 1).

Con una visión centrada más en los retos de la construcción política-cultural hegemónica antineoliberal que en la autonomía social de los movimientos, Emir Sader identifica el gran reto político de los sectores sociales progresistas de la región en derrotar completamente el modelo neoliberal, pues de esta manera se avanzará paulatinamente en un

proceso anticapitalista: “Superar el neoliberalismo supone no solo desarrollar un nuevo modelo económico sino un modelo político que democratice profundamente las estructuras del Estado y se adapte a las necesidades de plena democratización de nuestra sociedad: de la propiedad de la tierra, del capital financiero, de los medios de comunicación entre tantos otros aspectos (...).Significa también, encarar la superación del liberalismo y del capitalismo, mediante la creación de un nuevo bloque social, político y cultural de fuerzas de nivel nacional que hegemonice el proceso de transformaciones antineoliberales, en una dinámica de construcción de nuevas formas de poder popular para alcanzar una sociedad humanista". (Sader, 2010: 1).

De cualquier modo, la autonomía se refiere a la independencia estratégica del movimiento popular, más allá de las coyunturas políticas de tipo institucional. Si la autonomía se asume como un principio ético absolutizado y se convierte en axioma político, puede derivar en soberbia y coraza frente a las realidades políticas en curso, por muy loables que sean las razones esgrimidas en teoría y la radicalidad del discurso anticapitalista. Emir Sader coloca este problema así:

“La autonomía que tiene sentido en la lucha emancipatoria es aquella que se opone a la subordinación de los intereses populares y no la que se opone a la hegemonía, que articula obligatoriamente las esferas económica, social e ideológica, en el plano político. El paso de la defensiva-concentrada en la resistencia social - a la lucha por una nueva hegemonía, caracteriza la década actual del continente, que se transformó, de laboratorio de experiencias neoliberales, en el eslabón más frágil de la cadena neoliberal del mundo” (Sader, 2008: 1).

Francois Houtart, pondera los dos extremos y argumenta la necesidad de complementación. Para Houtart “un proceso social es también una

construcción y aquí interviene el hecho de su institucionalización. La experiencia de los movimientos sociales comprueba esta dialéctica, oscilando entre corrientes anarquistas que privilegian la creatividad, las iniciativas de base, la efervescencia cultural y los que insisten sobre la organización, la claridad de objetivos y la adaptación de los medios a los fines. La paradoja es que los dos son necesarios, a condición de que la referencia a la utopía no se transforme en un cultivo de ilusiones y la institucionalización en sistemas piramidales que tornándose como fin terminan por contradecir los objetivos. Eso se experimenta en todos los campos de la vida social: político, social, cultural, religioso (Houtart, 2007: 3)

Hacia una nueva hegemonía emancipatoria

Con la categoría de *sistema de dominación múltiple*³ podremos visualizar el conjunto de las formas de la dominación y sujeción, algunas de las cuales han permanecido invisibilizadas para el pensamiento crítico, y favorecer el acercamiento entre diversas demandas y prácticas emancipatorias que hoy aparecen contrapuestas o no articuladas, y evitar de esta forma viejos y nuevos reduccionismos ligados a la predeterminación abstracta de actores sociales a los que se les asignan *a priori* mesiánicas tareas liberadoras.

El despliegue de esta categoría nos facilita el análisis integral de las prácticas de dominación, y por ende, permite debatir los problemas de la emancipación en clave más compleja. De ahí la necesidad de abordar la

³ El contenido del SDM abarca las siguientes prácticas de:

- *Explotación económica y exclusión social* (Aparecen nuevas formas de explotación de las empresas transnacionales de producción mundial, a la vez que se acentúan las prácticas tradicionales de explotación económica y trabajo precarizado y a esto se agrega la exclusión social que refuerza las primeras)
- *Opresión política en el marco de la democracia formal* (Política-espectáculo neoliberal: contaminación visual y “pornografía” política, irrelevancia decisoria del voto ciudadano, vaciamiento de la democracia representativa, corrupción generalizada y clientelismo político, secuestro del estado por las élites de poder).
- *Discriminación sociocultural* (étnica, racial, de género, de edades, de opciones sexuales, por diferencias regionales, entre otras).
- *Enajenación mediático-cultural* (Alta concentración de los medios como forma de dominio del capital sobre la sociedad, su conversión en espacios de toma de decisiones políticas y de contrainsurgencia frente las alternativas y las resistencias populares que pongan en peligro su hegemonía, su papel como puerta “estetizada” del mercado capitalista, antesala visual de la plusvalía, paralización del pensamiento crítico a través de la velocidad de la imagen fragmentada y del simulacro virtual, hiperrealista de las televisoras, lo que el Subcomandante Marcos llama, con razón, “el Canal Único del neoliberalismo”).
- Depredación ecológica (en el sentido de que la especie humana, colocada como “responsable” y no como “dueña” de la tierra, ha contraído una deuda ecológica, al no haber podido impedir la proliferación de modelos utilitarios de intervención en la naturaleza, que han destruido los ecosistemas.). Véase Raúl Leis: “El sujeto popular y las nuevas formas de hacer política”, *Multiversidad*, n. 2, Montevideo, marzo de 1992 y Gilberto Valdés Gutiérrez: *El sistema de dominación múltiple. Hacia un nuevo paradigma emancipatorio*, Tesis de doctorado, Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana, 2002.

crítica a las prácticas de dominio y sujeción acendradas en la sociedad contemporánea vinculadas al examen de los problemas actuales de la articulación de las demandas libertarias y emancipatorias en el movimiento social y popular de América Latina y el Caribe.

Al caracterizar las líneas de discusión entre las estrategias liberadoras contenidas en las prácticas y conceptos de las llamadas “contrahegemonías” (dirigidas a la construcción de un poder alternativo) y las “emancipaciones”, entendidas esquemáticamente como procesos tendientes a la liquidación de las propias relaciones de sujeción y poder, Raúl Ornelas reseña las antinomias de la que pueden ser presa ambas lógicas. “Desde la perspectiva de la emancipación –nos dice el autor mexicano—el sujeto que se construye es también múltiple pero caracterizado por la diversidad y anclado más en la sociedad civil (o si se prefiere, en las luchas populares) que en la esfera política. La diferencia esencial con el proyecto contrahegemónico es que la emancipación privilegia, pone el énfasis en la recuperación del control de la reproducción del sujeto transformador. Por encima de cualquier otro objetivo, el proyecto emancipador parte de enfrentar las dependencias y opresiones que viven cotidianamente los individuos y sus comunidades” (Ornelas, 2006: 102)

El proyecto hegemónico emancipador, a diferencia de la estrategia contrahegemónica meramente reactiva, asume la política en un sentido más amplio, como proceso de autoafirmación, lo que Helio Gallardo caracteriza como identidad autoproducida e irradiación de autoestima popular (Gallardo, 2007).

Es cierto que la dirección antisistema (antihegemónica) está ligada en su razonamiento al avance de las emancipaciones, mas no de la noche a la mañana, ya que “no se puede vivir una mutación genética sociopolítica y cultural de manera inmediata, espontánea y radicalmente distinta al sistema hegemónico capitalista, sino como parte de un desprendimiento

de la vieja piel para cubrirse de otra alternativa. Esta transición implica por tanto incoherencias, contradicciones, pero con una direccionalidad por medio del desprendimiento para dar origen y parir otros mundos” (Castro, 2007).

Desde una mirada estratégica geopolítica, que prioriza en la región la más amplia alianza antiimperialista, ninguna de estas lógicas debe ser supeditada una a la otra, sino armonizadas y complementadas, lo que implica asumir sus puntos de tensión como desafíos creativos de aprendizaje de los sujetos involucrados (gobiernos-movimientos).

El desafío de lo político

En el recién finalizado Foro Social Mundial en Dakar se produjo una interesante sesión titulada *La política como desafío. Movimientos para los nuevos paradigmas de cambio en América Latina*. Impulsada por Irene León y Magdalena León de FEDAPS y REMTE, así como por Alternatiba del País Vasco y con la participación de intelectuales como Ana Esther Ceceña de México, esta propuesta es una muestra de la nueva mirada estratégica de los movimientos sociales populares, que, sin hacer dejación de sus luchas por demandas reivindicativas, libertarias y de reconocimiento apuestan, en palabras de Joel Suárez del Centro Memorial Martin Luther King, Jr., por la autoconstitución de movimientos políticos alternativos (Suárez, 2009). Una visión similar encontramos en el nuevo libro de Isabel Rauber: *Dos pasos adelante, uno atrás. Lógicas de superación de la civilización regida por el capital* (Ed. Vadell, Caracas, 2010).

Sería interminable relacionar las voces que, desde las organizaciones populares, las redes y movimientos sociales, en estos años, anuncian el *tiempo político* de los movimientos sociales, tiempo que no implica el regreso a los modos *estrategistas* de otras épocas, ni mucho menos acomodar las exigencias liberadoras de los pueblos a los juegos de la gobernabilidad liberal, sino la necesidad de poner en común los sentidos

de una construcción de lo político como proceso de la propia lucha contrahegemónica y los objetivos emancipatorios del movimiento social-popular, superando la lógica fragmentaria y sectorializada de lo social⁴.

En el VIII Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios se debatió un documento adelantado por el Grupo GALFISA, *Pistas sobre la construcción de lo político* en el que se reconoce, pese a los múltiples intentos por buscar los puentes entre determinadas luchas por demandas y reivindicaciones y la construcción política que las abarca que aún pesa la idea gradualista fragmentaria de que es preciso *pasar* de las demandas reivindicativas de los trabajadores a la instancia política como algo “posterior”. O en otros casos, pasar de las demandas por el reconocimiento (de género, étnico-racial, diversidad sexual, derechos de la naturaleza, etc.) como *un escalón para saltar a lo político*. Frente a estas visiones, se mantiene también la concepción liberal instrumentalista de la política, según la cual lo político se define exclusivamente en el ámbito organizativo institucional, al margen de los movimientos sociales. Ambas visiones muestran la ausencia de la perspectiva de la lucha contrahegemónica como proceso que se da simultáneamente en todos los espacios, momentos y emprendimientos de resistencia y lucha alternativa.

No se trata de desconocer esas instancias particulares, ni de obviar las mediaciones, sino de concebir la *totalidad política* de otro modo, sin fraccionarla previamente, sin atomizarla para luego enfrentarnos a una reconstrucción que inevitablemente puede dejar espacios y relaciones de dominio fuera de la estrategia política alternativa.

La construcción integral de lo político se hace desde la cotidianidad de la propia lucha y sus objetivos emancipatorios. Lo político no es un

⁴ Resulta interesante la visión que de la organización política tiene el movimiento Alternatiba antes mencionado: “De esta manera, la organización política no es un instrumento, sino un ejemplo de la propuesta de sociedad que defendemos” (Alternatiba, 2010: 15).

momento que sucede a otras instancias de resistencia, lucha y creación alternativa, sino una dimensión omnipresente de lucha contrahegemónica (política, económica, social, cultural, simbólica, comunicativa) desde de la diversidad del movimiento social popular (GALFISA, 2009: 44-45).

Lo que sí es una necesidad es que el movimiento social-popular, con toda su diversidad, logre articularse como movimiento político alternativo, y se de a sí mismo una conducción política estratégica, en pro de avanzar en las luchas por una nueva hegemonía anticapitalista. Emir Sader plantea que un proyecto de reformas profundas de la sociedad por la base “sin que desemboque en la alteración de la relaciones de poder, no conduce a ningún proceso real de transformación de las sociedades latinoamericanas. Por el contrario, los movimientos sociales, como los bolivianos que transformaron su fuerza social en fuerza política, son los que protagonizan procesos reales de cambio en el mundo” (Sader, 2010: 1). Esa necesidad se va a expresar de modos muy diferentes en cada caso, por lo que no podemos priori construir un modelo de articulación y organización política válido para todos los procesos en curso.

Debemos estar preparados para una nueva estrategia liberadora, que implica ensanchar el continente y el contenido de lo político, percibir la política implícita en lo social, y no solo en las estructuras concebidas habitualmente como tales, incorporar con ello más actores sociales que asuman posiciones contestatarias frente a las discriminaciones de todo tipo, tal vez dispersas y no sistemáticas; pero igualmente válidas.

En este sentido, parece hoy más importante encontrar una matriz política, ética y simbólica, que permita integrar, sin exclusiones, todas las demandas emancipatorias, libertarias y de reconocimiento que dan sentido a las luchas de los actores sociales que están hoy frente a un

sistema de dominación concreta, y que arrastran —como sucede particularmente con las mujeres—, ancestrales opresiones y discriminaciones de difícil y/o incómodo reconocimiento para la cultura patriarcal. Para ello es clave reconocer estos cuatro nódulos de referencia: el género, la raza, la etnia y la clase.

La apuesta por la articulación social-política de estos sujetos y actores subalternos no constituye un fin en sí mismo, sino una condición de la emergencia de lo que István Mészáros llama *movimiento radical de masas*, germen a su vez de alternativas emancipatorias antiimperialistas y anticapitalistas.

No es ocioso recordar que el nuevo sentido político de las articulaciones será resultado de la *experiencia política propia* de los actores. Cada *cual* (organización popular, movimiento y redes sociales) deberá y podrá *traer todo lo suyo* (sus prácticas y tradiciones de resistencia y lucha, las visiones civilizatorias y perspectivas libertarias y la diversidad de “epistemes” y saberes construidos desde las identidades sociales y culturales). En tanto proyectos emancipatorios compartidos, las nuevas incorporaciones de actores y grupos se harán sin abandonar necesariamente su sello identitario, su metodología, su tradición y discurso. Qué quedará en la perspectiva histórica de la identidad de cada movimiento y organización es algo imposible de determinar *a priori*, al margen de la lucha política y social concreta.

Más allá de la lógica del capital...

Habría que reconocer, en principio, que la confluencia de los movimientos sociales y populares para generar alternativas social-políticas en una dirección anticapitalista no implica hacer dejación de sus demandas específicas (libertarias y de reconocimientos) ni posponerlas para etapas posteriores, aunque se modifiquen sus objetivos y métodos en cada coyuntura. La lógica geopolítica antiimperialista que avanza hoy en América Latina no es incompatible con la lógica de los movimientos

sociales. Las razones de los movimientos son tantas como los atributos del mundo que es posible conquistar: dignidad para personas y pueblos, equidad, igualdad de género, medio ambiente, diversidad sexual, multiculturalismo, soberanía alimentaria, biodiversidad. El “programa máximo” emancipatorio y libertario de la revolución política anticapitalista (pospuesto en las experiencias protosocialistas del siglo XX) se convierte en “programa mínimo” de las luchas de los movimientos sociales y populares.

A juicio de Ana Esther Ceceña, “los esfuerzos por encontrar los nudos de entrelazamiento entre las relaciones de clase, de discriminación cultural, cognitiva (que suele aparecer como científica) o civilizatoria (que suele aparecer como racial, o incluso religiosa y de género), apuntan hacia la aprehensión y reformulación teórica del universo concreto en el que se debaten las luchas emancipatorias, destacando las líneas centrales de sus elementos de complejidad, desde una perspectiva que remonta históricamente a su origen genealógico para encontrar las pistas de la institución de la diferencia como otredad interiorizada o criminalizada, de lo femenino como medio de imposición de un mestizaje que es signo viviente de la derrota de los vencidos y de las condiciones de explotación que a través de las relaciones esclavistas, feudales y/o directamente salariales han marcado a los pueblos del mundo hasta nuestros días” (Ceceña, 2006: 14-15).

Para la autora mexicana, “un sistema de organización social como el capitalista, sustentado en la competencia y en la consecuente negación del otro, es un sistema en el que la guerra es un rasgo inmanente, y la contrainsurgencia, aunque sea subliminal, es el signo disciplinador permanente” (Ceceña, 2006: 15). Esa contrainsurgencia no dudará en expresarse en forma de guerra y represión policial armada cada vez que el poder hegemónico se sienta amenazado, mientras mantiene y reproduce las más sofisticadas, simbólicas y enajenantes formas en el plano medidito-cultural para involucrar a las víctimas en las visiones de

los victimarios. “El tema nodal en el terreno de las *hegemonías y emancipaciones* no es sólo la dominación, no es sólo ni siempre la fuerza física –que finalmente puede ser enfrentada en su mismo terreno—sino, como indicaba Gramsci, la capacidad de generar una concepción universal del mundo a partir de la propia, de dominar a través del consenso y de reproducir las formas de dominación en los espacios de los dominados” (Ceceña, 2004: 8).

El proyecto emancipador, a diferencia de la estrategia política del proyecto contrahegemónico de las fuerzas de izquierda, asume la política en un sentido más amplio, como proceso de autoafirmación, lo que Helio Gallardo caracteriza como identidad autoproducida e irradiación de autoestima popular (Gallardo, 2007).

Lo antisitémico, entendido como perspectiva de superación del dominio y las lógicas productivas y culturales del capital no es sólo impulso utópico liberador. Si concebimos la lucha anticapitalista desde la cotidianidad, se trataría de mostrar las brechas, los intersticios de ruptura de ese sistema, de esas tramas y esas lógicas de la dominación reproducidas e internalizadas en nuestras propias prácticas. Se trata de potenciar las experiencias de articulación política en función de una nueva lógica de la Vida, que desafíen la lógica de la producción y la reproducción del capital. Hacer visible experiencias de construcción civilizatoria alternativa que no son hegemónicas, que existen invisibles no solo para el poder hegemónico, sino en muchas ocasiones para las organizaciones de izquierda.

Las referencias van desde el modo de producir y reproducir la vida en las comunidades zapatistas y en diversas comunidades indígenas en la región andina adscriptas al Buen Vivir, las luchas y propuestas de la CLOC/Vía Campesina por la reforma agraria integral y la soberanía alimentaria en diversas regiones del planeta, del MST en Brasil, la crítica feminista y del ecosocialismo al productivismo patriarcal, hasta nuevos

emprendimientos de esta naturaleza en Venezuela y en otras naciones, sin olvidar las múltiples iniciativas populares de convivencia, asociación e intercambio no mercantilizadas, autogestivas, en toda América Latina, como las cooperativas de la vivienda extendidas en varios países de la región (tipo FURBAM) y en especial los proyectos participativos de construcción a partir de tecnologías apropiadas y apropiables y utilización de materiales locales. No se trata de idealizar o mistificar estas prácticas, muchas de las cuales han convivido como “islotos” en medio del océano global de la propiedad privada, sino de estudiarlas y potenciar sus posibilidades en las alternativas políticas antisistémicas que se construyan.

Esas experiencias anuncian nuevos mundos que no siempre vemos, ni socializamos como es debido, y están en las propias prácticas alternativas de los movimientos sociales populares, aunque al parecer son contingentes y fuera de lo pensado habitualmente desde el paradigma modernizador.

Lo anterior nos conduce a entender que el ideal de justicia distributiva y de equidad social, irrenunciable para cualquier proyecto de socialismo, de avance hacia la emancipación humana, tendrá que acompañarse de nuevos desafíos relacionados con el cuestionamiento del patriarcado en todas sus formas (económicas, políticas y simbólico-culturales) y del modelo productivista y depredador de desarrollo, no solo vigente a nivel mundial, sino deificado como aspiración y única alternativa de progreso humano.

Lo antisistémico se resignifica como subversión/superación no sólo política, económica y social del capitalismo, sino civilizatoria y cultural, mediado por ejes transversales, cuyo centro es la diversidad, no como lastre a superar, sino como riqueza a articular (biológica, de género, étnico-racial, sexual, cultural, identitaria, etc.). La referencia de los valores antisistémicos (anticapitalistas, antipatriarcales, por relaciones

de producción no depredadora con el medio ambiente, en defensa de la diversidad natural, de la diversidad social-humana) es clave para asumir esos valores en la cotidianidad y fundar las acciones de transformación en esa ética y no desligar fines y medios. En otros términos, lo que hoy atenta contra la existencia y plenitud del principio Vida, en el contexto de la civilización capitalista, no puede ser asumido como necesario en una etapa presumiblemente alternativa al sistema social-productivo y cultural vigente.

Hoy, como nunca antes, la izquierda requiere elaborar nuevas visiones estratégicas, puesto que “es necesario pensar en una empresa muchísimo más difícil: la labor histórica de superar la lógica objetiva del capital en sí, mediante un intento sostenido de ir más allá del capital mismo” (Mészáros, 2002). Pero esas alternativas social-políticas, no serán obra de gabinetes, ni fruto de ninguna arrogancia teórica o política. La emancipación política y la emancipación humana serán cada vez más procesos concomitantes, construidos como proyectos colectivos y compartidos, desde y para el movimiento social-popular.

Bibliografía

ACOSTA, ALBERTO

2008. "El "buen vivir" para la construcción de alternativas", consultado en www.rebellion.org Última consulta: 18 de septiembre de 2008.

HOUTART FRANCOIS

2007. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Planeta Tierra: Movimientos Antisistémicos, convocado por el EZLN, San Cristóbal de las Casas, México 13-17 diciembre (meca).

ALTERNATIVA

2010. *Las 3 apuestas estratégicas de Alternatiba. Bases para avanzar en un nuevo paradigma de articulación de la izquierda transformadora en Euskal Herria.* (MECA)

CASTRO SOTO, GUSTAVO

2007. *Otros mundos. Los elementos anti sistémicos*, www.otrosmundoschiapas.org, 15 de julio de 2007.

CECEÑA, ANA ESTHER

2004. "Introducción", *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Colección Grupos de Trabajo, Buenos Aires.

2006. "Subjetizando el *objeto de estudio*, o de la subversión epistemológica como emancipación", en *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Colección Grupos de Trabajo, Buenos Aires.

GALLARDO, HELIO

2007. "Intervención en el VII Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios", en *Pensar América Latina*, en <http://www.heliogallardo-americalatina.info>, Última consulta: 6 mayo de 2007.

GALFISA, Instituto de Filosofía

2009. "Pistas sobre la construcción de lo político", *Pensar la emancipación desde América Latina*, Edición Especial, Islas Canarias.

GUDINAZ, EDUARDO

2011. "La primarización exportadora otra vez", *Sin Permiso*, Vol. 57, Envío 4, 23/01/11 <http://www.sinpermiso.info/>

MÉSZÁROS, ISTVÁN

2002. "*La teoría económica y la política: más allá del capital*", www.rebelion.org, 26 de diciembre de 2002.

ORNELAS, RAÚL:

2006. "Contrahegemonías y emancipaciones. Apuntes para un inicio de debate", en *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Ana Esther Ceceña Coordinadora, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Colección Grupos de Trabajo, Buenos Aires.

SADER, EMIR

2003. "¿Érase una vez el neoliberalismo?", www.rebellion.org, 30 de junio de 2003.

2008. "¿Autonomía o hegemonía?", www.rebellion.org, 14-07-2008.

2010. "Entrevista con Emir Sader", secretario ejecutivo de CLACSO (Realizada por Fernando Arellano Ortiz. "El posneoliberalismo en América Latina pasa por consolidar una alianza de fuerzas sociales que construya nuevas formas de poder popular", Agosto 2010. <http://www.cronicon.net/paginas/edicantes/ediciones46/nota12.htm>

SUÁREZ, JOEL

2009. Intervención en el VIII Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios, La Habana (meca).

ZIBECHI, RAÚL

2006. "Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos", en *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Año VII, No. 21, septiembre-diciembre, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 226-228

2011. "Tensiones entre extractivismo y redistribución en los procesos de cambio de América Latina", en www.rebellion.org, 29-01-2011.